



2011

Hacia una noción de lo traumático-queer. XXY de Lucía Puenzo

Bécquer Medak-Seguín
Cornell University, bm389@cornell.edu

Follow this and additional works at: <https://uknowledge.uky.edu/naeh>

 Part of the [Latin American Literature Commons](#)

Right click to open a feedback form in a new tab to let us know how this document benefits you.

Recommended Citation

Medak-Seguín, Bécquer (2011) "Hacia una noción de lo traumático-queer. XXY de Lucía Puenzo," *Nomenclatura: aproximaciones a los estudios hispánicos*: Vol. 1 , Article 5.

DOI: <https://doi.org/10.13023/naeh.2011.05>

Available at: <https://uknowledge.uky.edu/naeh/vol1/iss1/5>

This Article is brought to you for free and open access by the Hispanic Studies at UKnowledge. It has been accepted for inclusion in *Nomenclatura: aproximaciones a los estudios hispánicos* by an authorized editor of UKnowledge. For more information, please contact UKnowledge@lsv.uky.edu.

Hacia una noción de lo traumático-queer. *XXY* de Lucía Puenzo

[Bécquer Medak-Seguín](#)

Cornell University

Para Julia

La teoría queer y la teoría del trauma son compañeros de viaje porque buscan maneras de construir no sólo la sexualidad sino también modelos emocionales y personales de vivir vidas políticas y su transformación.

-- Ann Cvetkovich

1.

La última década ha presenciado un nuevo surgimiento de películas latinoamericanas que cuestionan la división normativa del género—la binaria entre lo femenino y lo masculino—y subrayan el hecho de que la división se construye a partir de la sociedad.¹ Entre aquellos *auteurs* de esta ola cinematográfica que han dado vida a estas narrativas se destaca la argentina Lucía Puenzo, cuya película *XXY* es guiada por una protagonista que interviene en su propio desarrollo genérico. El tratamiento médico que se había creado de acuerdo con las normas y expectativas de sus padres y de la sociedad en la cual la protagonista supuestamente viviría en el futuro no calzaba con sus propias ideas identitarias que, al pasar por la pubertad, todavía estaban en vías de desarrollo. El tema de esta película, la primera de la joven cineasta, sigue una trayectoria intelectual que empezó con su primer libro *El niño pez* (2004), que abarca la bisexualidad y el

¹ Este surgimiento, en el que se incluyen las dos películas de Lucía Puenzo, también incorpora películas como *Madame Satã* (Karim Aïnouz, 2002), *Carandiru* (Hector Babenco, 2003), y *Y tu mamá también* (Alfonso Cuarón, 2001). Andrés Lema-Hincapié actualmente está componiendo una antología sobre este tema, tentativamente titulada *Y persisten viviendo: Contemporary Spanish-American Queer Cinema*. Para un estudio del comienzo de este surgimiento, véase David William Foster, *Queer Issues in Contemporary Latin American Cinema* (Austin, 2003).

lesbianismo de una ama de casa y la hija burguesa de sus patrones.² Este libro formaría la base de su segunda película, con el mismo título, estrenada en el año 2009. Estrenada en el año 2007 en el aclamado festival de Cannes, *XXY* fue premiada como mejor película de ‘Critics Week’ y recibió mucha atención por abarcar el tema poco discutido de la resistencia de las personas intersexuales a la definición médica. No obstante, lo que parece realmente innovador de la película no es el hecho de que presenta a la intersexualidad como un dilema constante y sin conclusión que mantiene una lucha infatigable contra la institución médica que la quiere constreñir, sino que vincula la sexualidad queer y la lucha en contra de la definición normativa íntimamente con el trauma.

Al cuestionar su propia identidad, la protagonista, Alex (interpretada por Inés Efron), sufre por lo menos una experiencia traumática obvia. Este momento traumático ocurre cuando Alex es acosada por tres jóvenes quien la fuerzan a bajar sus pantalones y la empiezan a abusar sexualmente. Aunque no ocurre ninguna violación sexual, la cinematografía manual tambaleante privilegia la perspectiva de Alex, una perspectiva agotada que sufre psicológicamente cada vez que su mundo se vuelve en contra de ella por su “anormalidad genital.” Con este sufrido trauma sexual, Alex reevalúa la relación sexual y amorosa que acaba de empezar con Álvaro (interpretado por Martín Piroyanski), el hijo de un cirujano que ha venido a averiguar las posibilidades quirúrgicas de quitar los genitales masculinos de Alex. En vez de solidificar su relación con él, Alex dramáticamente decide rechazar su último avance amoroso: Álvaro le afirma que él

² Tracy Roberts-Camps ha escrito un artículo, titulado “Hijos de Saturno: Marginación e identidad en el cine y ficción de Lucía Puenzo,” que explora tanto el cine como la ficción de Lucía Puenzo. Entre otros estudios de Lucía Puenzo, se destacan los de Debra Castillo, que será publicado próximamente en el volumen de Lema-Hincapié, la de Zoila Clark, y la de Margaret Frohlich.

también la ama, a lo cual Alex responde: “No. A vos te pasó otra cosa. Qué te da más lástima, ¿no verla más o no haberla visto?” Alex ya no se fía del ímpetu por querer estar con ella a pesar de que ningún evento en la película sugiere que Álvaro se comporte como el grupo de jóvenes que la violaron. Desde su punto de vista, la testosterona y el acto de averiguar el misterio de sus genitales confluyen para producir un resultado traumático.

La película de Puenzo intercala tres discursos que, en el cine argentino, han sido poco explorados juntos. El trauma y lo queer necesariamente están vinculadas en la película de Puenzo a través de una narrativa (o crítica) social. Antes de continuar con la línea argumentativa, se necesita establecer por qué *XXY* es tanto una película acerca de la ambigüedad genérica como una acerca de la sexualidad queer. No niego que lo primero también sea el caso, sino, a éste, quiero agregar la sexualidad queer para poder incluir en la discusión sobre Alex los actos sexuales que la llevan a crear su propia identidad que no encaja en las normas sociales del género o de la sexualidad. Alex no es una persona intersexual cualquiera. En contraposición a una gran parte del activismo intersexual que, por una parte, “siente que son hombres y mujeres perfectamente normales y no-transgénero heterosexuales” (Koyama) y, por otra parte, quiere delimitar la identificación intersexual para excluir individuos que no son necesariamente personas biológicamente intersexuales, el personaje de Alex en *XXY* adopta una identidad queer en contra de la posibilidad de definirse heterosexualmente. Alex deja de tomar medicamentos no para reemplazarlos con una medicina homóloga que la definiría sexualmente como un hombre, sino para subrayar su deseo de no manipular su biología y mantener aspectos tanto masculinos como femeninos. Se ve que Alex se identifica con la identidad queer más que

con una identidad heterosexual al manejar dos relaciones íntimas con un miembro de cada sexo. Aunque sólo se intime una relación sexual con su amiga Roberta, quien vive cerca, y se muestra más explícitamente la que tiene con Álvaro, Alex mantiene viva la posibilidad de explorar su interés hacia ambos sexos al final de la película, especialmente si ponemos hincapié en el hecho de que una relación con Álvaro (y tal vez con hombres en general) ya no le interesa. Manteniéndose dentro del paradigma de la ambigüedad genérica no proveería un espacio para la consideración del impacto que los actos sexuales tienen en la formación identitaria. Además, el término “ambigüedad genérica” implica que el desarrollo identitario del sujeto está incompleto—en el caso de Alex, al final del filme, se ve que ésto no es el caso—, mientras que el término “queer” sugiere una dirección identitaria inconfundible.

Como nos sugiere la escena anteriormente relatada, *XXY* osifica el vínculo entre lo queer y el trauma de una manera dialéctica. Antes de explorar la síntesis que éste crea, cabe explorar por qué la teorización de lo queer y el trauma han madurado paralelamente pero no realmente se han conjugado a profundidad. El estudio del trauma, cuyo origen médico se sitúa a finales del siglo diecinueve, se ha intensificado y expandido durante el último siglo, especialmente después del Holocausto. Ruth Leys indica que el término ‘trauma’ originalmente se usaba para hablar de una “herida quirúrgica, concebida por el modelo de una ruptura de la piel o capa protectora del cuerpo resultando en una reacción global catastrófica en el organismo entero” (19).³ Además, esta herida quirúrgica, en aquella época, se causaba por un “choque o una concusión de la columna vertebral” (3). Sin embargo, el siglo veinte ha sido testigo de un giro dramático, empezando con Sigmund Freud, en torno al estudio del trauma.

³ Salvo que se indique a lo contrario, todas las traducciones del inglés al español son propias del autor.

En su libro *Más allá del principio de placer*, Freud distancia el trauma de una definición histológica y médica, optando por una psíquica. Propone que el trauma es un choque psíquico producido por la repentina incursión de eventos aterradores. Estos eventos aterradores no tienen un estatus originario traumático. Es decir, el trauma no se origina en los eventos aterradores, sino en la relación entre ellos. Ocurre un evento aterrador y el trauma se produce cuando se reactiva ese primer evento aterrador y aparece como una memoria después de que el individuo haya pasado por la madurez sexual. Esta madurez permite al individuo entender el significado sexual del evento aterrador. Ninguno de estos dos eventos es, en sí, traumático. El primer evento no lo es porque ha venido demasiado pronto en el desarrollo infantil para que el sujeto pueda entender y asimilarlo. El segundo evento aterrador tampoco lo es porque este evento sólo sirve para despertar la memoria del primer evento. La dialéctica establecida entre estos dos surgimientos produce un significado traumático que, en el fin, es reprimido.

La memoria es el conducto que lleva a cabo la dialéctica entre los dos surgimientos, como se ha intimado arriba, y sólo se puede concluir con una noción particular de la memoria que privilegia la posibilidad de su interpretación. Sin esta flexibilidad, la memoria sirve como una mera escalera hacia la subconsciencia. Freud quiso que esta noción fácil de la memoria se plasmase a través de fenómenos como la transferencia. Enseguida, Freud se dio cuenta de la complejidad de la memoria y el obstáculo que le presentaría para interpretar los sueños o encontrar los eventos de la infancia que producen los síntomas de un paciente. Queriendo entender la manera en la cual nuestra conciencia utiliza y manipula nuestra memoria, especialmente en torno al desarrollo del trauma, Freud distinguió entre varios tipos de memoria, incluyendo la

memoria de la especie, herencia arcaica de la humanidad parecida a lo que hoy día se llama la memoria colectiva o la memoria histórica, dos tipos de memoria individual: la memoria del tiempo histórico y la del tiempo del psiquismo.⁴ Pero, para Freud, también ocurre otro tipo de memoria que tiene poco (o nada) que ver con síntomas histéricos. Lucila Edelman, psiquiatra argentina, explica esta última noción de la memoria que propone Freud:

La memoria del cuerpo no sólo tiene que ver con un registro en lo corporal muy primario. Sostenemos que esta memoria, en otro nivel, también tiene que ver con lo traumático. Ya sea por la regresión que el impacto traumático puede producir o por la acción sobre el cuerpo, en personas que han sido torturadas puede haber marcas corporales, como por ejemplo una anestesia en cierta parte del cuerpo, que no encuentran explicación neurológica, que son un registro a nivel de lo corporal de un área que fue traumatizada y queda incapaz de sentir. Esta sería una memoria del cuerpo. No se corresponde ni con una queja de tipo hipocondríaco, ni con un síntoma histérico. No hay acceso desde una terapia verbal, pero sí hay acceso desde una terapia corporal que abra un camino desde la vivencia corporal a la representación. (2-3)

Es a través del cuerpo que Freud vincula la memoria y el sufrimiento traumático, sugiriendo cierto estatus ontológico corporal pero dejando espacio para su ambigüedad o interpretación audazmente cuando sus colegas en el campo, notablemente los analistas berlineses del Comité Directivo de la IPA, incluyendo a Otto Rank, mantenían la dicha “pureza” del cuerpo como un pilar ontológico del ser de uno.

⁴ Para el desarrollo teórico completo, véase *Las primeras aportaciones a la teoría de la neurosis 1892-1899* de Freud.

En Argentina, la recepción del psicoanálisis, especialmente de las ideas freudianas, ha sido extensiva. De hecho, un libro de Mariano Ben Plotkin, titulado *Freud en las Pampas*, recapitula la evolución de lo que él llama el “desarrollo de una cultura psicoanalítica” en Argentina, que empieza concurrente con las publicaciones tardías de Freud alrededor del año 1910 y que avanza definitivamente después de la creación de la Asociación Psicoanalítica Argentina en 1942. La recepción de lo que hoy día peyorativamente se llaman las “sexualidades alternativas”—grupo que supuestamente incluye la homosexualidad, bisexualidad, la transexualidad, la intersexualidad, y el lesbianismo, entre otras sexualidades—por parte del psicoanálisis es otra historia, una mucha más contenciosa que se puede resumir como una lucha por la definición identitaria. Esta lucha, como explica Germán García, director de la Fundación Descartes y psicoanalista argentino, llegó a un punto de inconmensurabilidad por el hecho de que el psicoanálisis se opuso a cualquiera noción de una identidad colectiva estable:

La idea de que hay una identidad homosexual es posterior a Freud, y para él el psicoanálisis mismo consiste en cuestionar que alguien tenga identidad. Mi identidad es producto de múltiples identificaciones, incluso contradictorias entre sí. Freud decía que ‘el niño es perverso polimorfo,’ y ahí ya queda claro que la palabra perversión no tiene el mismo sentido que podía tener, por ejemplo, en el discurso psiquiátrico o en el código policial. (citado en Lennard)

No obstante, tanto en la Asociación Psicoanalítica Argentina como en la Asociación Internacional Psicoanalítica (IPA) y la Asociación Psicoanalítica Americana (APA), los psicoanalistas, desde los años ’40 hasta los años ’70, tomaron pacientes homosexuales y de sexualidades alternativas para intentar corregir su “perversión,” tomada en su sentido

más literal y anti-freudiano. Es decir, aunque Freud advirtió que tanto la homosexualidad como las sexualidades alternativas no se podían tratar con los métodos psicoanalíticos porque éstos no eran síntomas de un problema subconsciente, los psicoanalistas en los EE. UU. y Argentina (y en casi todo el mundo) todavía mantenían una ideología homofóbica no fundada en lo que Freud llamaría la ciencia psicoanalítica.⁵

Estudios del trauma explotarían hacia el último cuarto del siglo veinte en ruedos intelectuales exclusivamente apartados de una noción científica o biológica, pero mantenían de cierto modo un entendimiento psicoanalítico del evento corporal. Académicos invocan al trauma ahora como un evento cultural. La academia de humanidades actualmente está estancada en varias definiciones contradictorias. En particular, varios estudiosos han propuesto interpretaciones opuestas con respecto a la pregunta de la discursividad y la localización del trauma: ¿hasta qué punto es o no el trauma un evento extra-discursivo? ¿Se registra el trauma en la conciencia o directamente en el cuerpo? Las dos trayectorias de pensamiento sobre el trauma en los estudios culturales se pueden ver claramente a través de la sinécdoque que identifica a la teoría de Cathy Caruth en contraposición a la de Ruth Leys. Caruth promueve la idea de que se debe mantener una noción científica, especialmente neurobiológica del trauma. Para Caruth, el trauma se basa en la idea de que es un evento que elude la cognición, pero está

⁵ Hay una anécdota importante en el artículo de Lennard que describe la práctica psicoanalítica en Argentina durante esta época: “Pero una cosa es la posición de Freud, y otra la manera en que su legado fue luego interpretado y llevado a la práctica. Para Jorge Raíces Montero, psicólogo clínico y coordinador del Departamento Académico de Docencia e Investigación de la CHA, esas divergencias se advierten, sobre todo, en el sinuoso camino que ha unido históricamente psicoanálisis y diversidad sexual. “Cuando me fui metiendo en el medio me di cuenta de que mucha gente de la comunidad gay ha tenido muy malas experiencias con el campo psi”, cuenta quien forma parte de la CHA desde sus inicios. “Desde la época en que te atendían psiquiatras y te encajaban testosterona, hasta los psicoanalistas que interpretaban cualquier cosa que dijeras como perversión, todo eso fue quedando grabado en el inconsciente colectivo. A tal punto que mucha gente que no tiene idea de lo que es el psicoanálisis, cuando acude a una consulta, me pregunta: ‘¿Vos no hacés psicoanálisis, no?’, exponiendo de entrada sus recelos.”

inscrita en el cuerpo y sólo delatadamente experimentada a través de las pesadillas, los flashbacks, y otros síntomas. Leys teoriza el trauma en oposición a lo que ve en Caruth como una noción posmodernista y posestructuralista que concibe al trauma como un modelo etiológico—uno que ve al trauma como una infección. Freud, dice Leys, rechazó este modelo etiológico desde que empezó a hablar sobre el trauma. Entre las posiciones de Caruth y Leys, se puede concluir que, en general, el momento traumático consiste en el sufrimiento de un choque psicológico producido por la incursión repentina de un evento aterrador, manteniendo la definición de Freud en un sentido bastante general.

Asimismo, los estudios queer y su teorización partieron de una definición ontológica que primero se definió en el campo médico-científico, luego desontologizándose y pasando al campo de los estudios culturales. El campo teórico del psicoanálisis, que empezó con Freud a finales del siglo diecinueve, mantuvo una bisexualidad ontológica hasta que la disciplina, después de su muerte, se movió en la dirección de psicoanalistas de la escuela británica, como Ernest Jones, que asumían una sexualidad ontológica de acuerdo con su manifestación física. Esta dirección no ofrecía espacio para el desarrollo científico de la hipótesis de Freud sobre la ontología sexual y, por lo tanto, la teorización de las sexualidades “anormales.” La ontología de estas sexualidades no pasaría a primera plana hasta alrededor de los años '50, después del retorno médico a la sexualidad inspirada por los estudios de Alfred Kinsey, cuando la disciplina médica norteamericana, a través de los psiquiatras, afirmó que la homosexualidad era una enfermedad mental en el primer manual diagnóstico y estadístico de enfermedades mentales (DSM).⁶ La literatura médica, hasta 1973,

⁶ Es importante notar que Jacques Lacan, a partir de alrededor del año 1945, radicalmente cambió su perspectiva de acuerdo con la homosexualidad y otras sexualidades no heterosexuales, partiendo con el

precisaba una psicopatología inherente como la causa de la homosexualidad, manteniendo la tesis ontológica sobre la sexualidad y las sexualidades queer, en particular. En 1973, tras una serie de protestas en sus congresos anuales, la Asociación Americana de Psiquiatras (APA) eliminó a la homosexualidad de su DSM, pero todavía la mantuvo como un “disturbio de orientación sexual” (Spitzer 210).

El año 1990 fue testigo de la definitiva transición de los estudios queer y su teorización al campo de los estudios culturales. Tres libros fundamentales—*Gender Trouble* de Judith Butler, *Epistemology of the Closet* por Eve Kosofsky Sedgwick, y *One Hundred Years of Homosexuality and other essays on Greek Love* por David Halperin—lanzaron el campo de los estudios culturales y la teoría en la cual se basa lo que hoy día se conoce como “queer studies.” Sea la interrogación de Butler al legado del feminismo que promueve una noción ontológica y heteronormativa de la categoría “mujer,” la intervención de Sedgwick en la historia de una crítica cultural y literaria que da por sentada la definición de la homo/heterosexualidad, o el desarrollo de Halperin de una historia definitiva de la homosexualidad que incluye sus tanto sus raíces lingüísticas como sus raíces ideológicas, la fuerza motriz detrás de los estudios queer en el campo cultural siempre ha sido la desontologización de la sexualidad y el género. Esta desontologización se utiliza filosóficamente para orientar la discusión de la sexualidad y del género hacia un fin que combate la normatividad sexual y los estragos que ésta causa al sujeto y, especialmente, el sujeto que se identifica como queer.

resto de la disciplina psicoanalítica que sufriría de los prejuicios de la escuela británica hasta los años '70. Era uno de los únicos psicoanalistas en el mundo en esa época que profesionalmente gozó de esta perspectiva hacia los homosexuales. François Pommier describe la posición de Lacan con respecto a las personas homosexuales con lo siguiente: “Lacan no sólo aceptaba a los homosexuales para análisis sin intentar reeducarlos o prevenir que se convirtiesen en psicoanalistas si querían, sino, cuando fundó la Escuela Freudiana de París (EFP) en 1964, aceptó el principio de su integración a la disciplina, como analistas de la escuela (AE) o como analistas miembros de la escuela (AME)” (Roudinesco).

2.

Hasta la publicación en el año 2003 de *An Archive of Feelings* por Ann Cvetkovich, los estudios culturales del trauma y de lo queer sólo cruzaron camino espontáneamente de manera teórica. Enfocándose particularmente en el trauma y la cultura lésbica, Cvetkovich rechaza la división binaria en estudios del trauma que opone la noción del ‘arrebato del comportamiento’ [*acting out*], que se patologiza o se ve como malsano, con la del ‘trabajar para superar’ [*working through*], que ve como algo psicológicamente positivo. Cvetkovich sugiere un vínculo entre lo queer y el trauma al abrir su diálogo entre los dos campos culturales con sus orígenes paralelos en el discurso socio-científico:

Los orígenes compartidos del trauma y la identidad sexual en los discursos del psicoanálisis sugieren el vínculo entre los dos. La historia de la formación identitaria de gays y lesbianas ha mostrado que los diagnósticos médicos tienen consecuencias sociales y políticas amplias, además que de sus efectos prácticos inmediatos; un evento monumental en la historia de gays y lesbianas fue su eliminación como enfermedad de la clasificación de la Asociación Americana de Psiquiatras (APA) en 1973. Aunque se puede exponer que la sexología produjo tanto la homosexualidad moderna como la catalogó problemáticamente como algo anormal o perverso, sin embargo, ha sido importante arrancar la categoría de las manos de los doctores y científicos quien lo “inventaron” primeramente. Lo mismo, tal vez, será necesario para el Síndrome de Estrés Postraumático (PTSD), que, si se medica excesivamente, produce una sala de espejos en la cual los

problemas sociales se reducen a enfermedades que requieren diagnósticos siempre refinados. Es necesario aproximarse a la medicalización como una estrategia cuyos efectos no se pueden determinar de antemano. Por ejemplo, uno podría decir que la inclusión del PTSD en el tercer manual diagnóstico y estadístico de enfermedades mentales en 1980 tuvo el efecto beneficioso de hacer que el tratamiento médico fuese posible tanto para los síntomas psíquicos como para los síntomas físicos del combate para los veteranos de la Guerra de Vietnam. No obstante, a la misma vez era una guerra impopular que trajo atención al PTSD, y los traumas de la Guerra de Vietnam también incluyeron el militarismo y política exterior de los EE.UU. y no sólo las experiencias de soldados individuales. (44-5)

Para Cvetkovich, los dos estudios comparten un principio en el campo médico que, alrededor de la mitad del siglo veinte, les definió como enfermedades mentales cuyo origen era ontológico. Sin embargo, esta categorización especialmente problemática despertó al público de su ignorancia precedente de la existencia de sujetos con identidades sexuales no-normativas y sujetos sufriendo del trauma. Cvetkovich maneja una posición que está al filo y se podría interpretar como una teoría que no es la suficientemente crítica de los legados médicos perjudiciales de los dos campos. De todos modos, esta posición es pragmática y demuestra la cautela y precisión requerida para estudiar académicamente—como objetos de estudio—a fenómenos traumáticos o queer. Comparto la precaución de Cvetkovich con respecto a este tema y, en particular, a las posibles interpretaciones de la película *XXY* de Lucía Puenzo, que, recordemos, es una representación ficticia que requiere un esfuerzo en contra de verla como una situación que permite su extrapolación al mundo que habitamos.

Cabe aquí desarrollar un poco la trama que guía la película de Puenzo. En *XXY*, Alex y su familia se mudan a la poco habitada costa uruguaya para que su crecimiento careciese de los prejuicios e intimidaciones provenientes de su entorno social en una imprecisa ciudad argentina. Estos prejuicios e intimidaciones, se intima, vendrían a causa de la recepción pública de la sexualidad de Alex. Alex, como sugiere el título, es una persona intersexual que tiene el Síndrome de Klinefelter, un síndrome que usualmente ocurre cuando un “hombre,” que tiene los cromosomas sexuales XY, tiene un cromosoma X adicional. En las últimas dos semanas, Alex ha dejado de tomar medicamentos depresores que inhiben el desarrollo físico y hormonal de uno de sus cromosomas sexuales. Sin esta inhibición médica, el cuerpo de Alex manifestaría características masculinas aparte de su pene, como el vello facial y corporal.

Además de estar bajo la influencia de añadidas hormonas sexuales, Alex está empezando a desarrollar su propia identidad genérica y sexual. Para realizar la creación de esta nueva identidad, Alex procura explorar los límites, tantos sociales como individuales, de su sexualidad. Se implica fuertemente que esta exploración—una que por lo menos su padre Néstor Kraken (interpretado por Ricardo Darín) hubiera apoyado—le hubiera causado bastante trauma si la familia se hubiese quedado en Buenos Aires para educar a Alex. Su sexualidad en sí, sin el desarrollo de una identidad o un género normativo, hubiera sido suficiente para ser el objeto de ridiculez y, por lo tanto, la causa de un evento traumático. Los padres, con buenas intenciones, han intentado prevenir a lo largo de la vida de Alex hasta ahora cualquiera situación traumática que surgiría del conocimiento público de su sexualidad. Estas acciones paternalistas se deletrean durante una escena minutos después de que Kraken se topa con el padre de Vando, el antiguo

mejor amigo de Alex con el cual acaba de tener una pelea en la escuela: “¿A quién le contaste?” demanda Kraken; “A Vando nada más,” le responde Alex. Kraken siente la necesidad de proteger a Alex sin revelar a ella el por qué de sus acciones: “Si soy tan especial, ¿por qué no puedo hablar con nadie?” pregunta Alex, a lo cual Kraken no tiene respuesta. Estas acciones paternalistas resultan en que muy pocos, tanto de sus amigos como de los ciudadanos de la comunidad, conocen el estado físico de Alex y creen que goza de una vida como una niña adolescente normal y corriente.

No obstante, el trauma que intentan prevenir los padres ya se ha establecido socialmente aún antes de que toman acciones a su contra. Pase lo que pase, la sociedad argentina o uruguaya—sociedades que no aceptan la intersexualidad o sus actos sexuales—condenará a cualquier sujeto con esta condición médica al ostracismo cuando su sexualidad se revele a una población de suficiente amplitud. Se puede decir que la sociedad, a causa de sus prejuicios y nociones normativas, ya ha insertado en el sujeto la oportunidad traumática y sólo falta que personas condicionadas por la sociedad se aventajen de esta oportunidad para llevar a cabo el evento traumático, lo cual ocurre tanto de manera obvia como de manera sutil en la película de Puenzo. En otras palabras, el vínculo entre el trauma y lo queer ya se ha establecido por parte de la sociedad aún antes que el sujeto queer haya participado conscientemente en ella. El sujeto queer tiene pocas opciones de escaparse de un evento traumático por falta de la aprobación social de su sexualidad.

Esta formulación del trauma del sujeto queer no se debe leer ni como una evacuación de su potencial de realizar la “agencia cultural,” en el sentido que lo usa Doris Sommer, ni como una victimización ontológica de éste. Para Sommer, el proyecto en el

que se emprende el sujeto al efectuar el control de su agencia cultural es la búsqueda y explotación del “juego de cintura” [*wiggle room*] en una cultura perpetuamente cambiante, repleta de contradicciones y ámbitos no gobernados. La maniobra del sujeto resulta en la politización de sus actos en el espacio cultural y, junto con la tradición Gramsciana, no requiere las condiciones ideales para que se lleve a cabo. La situación de Alex calza precisamente con esta idea de la agencia cultural. Aunque Alex no sea “artista” en el sentido en que se emplea en la noción de la agencia cultural, su sexualidad goza de dimensiones performativas que, como vemos a lo largo de la película, influyen en su sociedad inmediata.

Uno de los ámbitos no gobernados de esta cultura opresiva es la sexualidad de una persona intersexuada. Se ve que este ámbito en particular no es gobernado culturalmente cuando, en un momento traumático, un grupo de adolescentes forzosamente bajan los pantalones de Alex para ver cómo se manifiestan sus dos órganos sexuales simultáneamente. Los jóvenes desconocen la intersexualidad y disponen de una curiosidad hacia ella, aunque, por supuesto, lo manifiestan de manera perversa y violenta. Esta falta de conocimiento por parte de los jóvenes indica que la cultura uruguaya (que la película interpreta como intercambiable con la cultura argentina) todavía no ha dictado cómo hay que responder a esta sexualidad “anormal.” Aunque la sociedad indica que es anormal, la reacción sugiere una posición cultural más precisa hacia esa anormalidad. Si Alex fuese homosexual, por ejemplo, la sociedad uruguaya a través de la reacción de los jóvenes recibiría a su sexualidad anormal con más precisión en la forma de un rechazo ostensible: los jóvenes no se acercarían a ella y estarían asqueados por su mera presencia. Este rechazo, en contraposición a la curiosidad, indicaría que la sociedad ha desarrollado

una reacción particular hacia la anormalidad y, por lo tanto, que tiene cierto conocimiento sobre ella, aunque ese conocimiento sea tendencioso, perjudicial, o incorrecto. Pero Alex no se identifica homosexualmente. Se identifica con una sexualidad desconocida por la población uruguaya que ocupa su entorno social y, por lo tanto, esta sexualidad provoca interés por parte de aquellos que lo desconocen.

3.

La historia crítica de los estudios queer y del trauma que, como sugiere Cvetkovich, comparten un principio médico que se traduce y traslada al campo de los estudios culturales a finales del siglo veinte donde se incorpora como un área interdisciplinaria. Este recorrido sirvió tanto para distinguir la trayectoria disciplinaria de estos campos particulares como para subrayar, implícitamente, sus semejanzas. En la época de sus orígenes compartidos en el campo médico y, subsecuentemente, su desarrollo en éste, tanto lo queer como el trauma no se vincularon en estudios por una aproximación científica fundamentalmente opuesta a cada fenómeno. Los académicos equiparaban al estudio del trauma, donde hubo mucha actividad después de los años '50 resultando del interés en los efectos del Holocausto, con el estudio de la victimización. Al principio, los sujetos del trauma tenían poca agencia y se les trataban como gente profundamente enferma, esquizofrénica, o ininteligible cuyas destrezas comunicativas no tenían la capacidad de articular sus sentimientos, pensamientos, u otros daños psíquicos a los que querían entender los psiquiatras. En contraposición a la perspectiva de entes traumatizados, muchos médicos trataron a la gente queer como victimarios o gente que, a causa de sus acciones, perpetraban conscientemente actos inmorales. Este principio

infatigable que mantenían los médicos al estudiar ambos grupos de personas puso los dos campos de estudio en oposición desde su inicio sumamente paralelo.

Estoy de acuerdo con Cvetkovich que “los orígenes compartidos del trauma y de la identidad sexual en los discursos del psicoanálisis sugieren el vínculo entre los dos”, pero este vínculo ocurrió mucho más tarde, de manera retrospectiva y dialéctica, cuando los dos estudios formaron parte de los estudios culturales (44-5). Mientras que las primeras décadas de su historia en la disciplina médico-científica los pasaron de manera paralela pero, a la vez, opuesta, las primeras dos décadas de su estudio en el campo cultural los han pasado también en paralelo, pero con alguno que otro cruce, como en el texto propio de Cvetkovich, fructífero: “De manera patente o no, muchos de los textos y críticos fundamentales en el campo de la teoría queer han usado la categoría del trauma en sus crecientes críticas de la normatividad” (46). Entre estos textos canónicos de la disciplina de estudios queer que utilizan la categoría del trauma se encuentran los de Judith Butler, que ubican a la identificación del género en el repudio melancólico y el rol de la abyección en la creación identitaria; los de Leo Bersani, que conciben de la sexualidad como algo fundamentalmente traumático y, por lo tanto, anti-comunitario; y los de Eve Sedgwick, que vinculan la sexualidad y la emoción a través de la categoría de la vergüenza, sugiriendo que las experiencias traumáticas están conectadas a la constitución identitaria. No obstante, la mayoría de estas posiciones se tienen que inferir porque la conjunción semántica del trauma y de lo queer en estos textos ocurre sólo escasamente.

Las posiciones teóricas de Butler, Bersani, o Sedgwick comparten el objetivo de proporcionar “agencia cultural” a los sujetos traumáticos-queer, salvando la distancia

erguida entre lo queer y el trauma por su legado médico. Aquí precisamente ocurre el gesto dialéctico hacia el vínculo entre las dos disciplinas sumamente opuestas. Como estado victimizado, no había espacio para concebir de una agencia cultural en la noción previa—médica—del trauma. Asimismo, la noción anticuada—también médica—del sujeto queer, como victimario que ejecutaba una afrenta a los códigos morales, tampoco proporcionaba un espacio donde estos sujetos tuvieran cierto nivel de agencia en el campo teórico o cultural. La confluencia de las dos teorías con el motivo de aportar perspectivas matizadas sobre el sujeto queer se ve en *XXY* a través de la relación entre Alex y Álvaro.

Un evento traumático que no alcanza la obiedad de la que ocurre cuando unos jóvenes violan a Alex tiene lugar aún antes entre la protagonista y Álvaro. En la primera escena donde se encuentran los protagonistas cara a cara en la playa deshabitada en frente de la casa de Alex, Alex rompe el hielo con una pregunta tanto explícita como honesta: “Yo nunca me acosté con nadie. ¿Vos te acostarías?” Álvaro, pillado desprevenido por la pregunta directa, cambia el tema de la conversación mientras que Alex, enojada y ofendida por la falta de una respuesta, se marcha. Más tarde, Alex intenta remediar la incógnita con la que se terminó el primer encuentro entre los dos: “¿Pensaste en lo que te dije?” le pregunta Alex a Álvaro. Sigue la respuesta, tal vez inesperada, de Álvaro: “No me voy a acostar con vos.” Para racionalizar una defensa cohesiva a esta respuesta, Álvaro hace hincapié en la diferencia de edad y madurez entre los dos pero se ve que estas razones son superfluas y sólo enmascaran su ignorancia de la situación, tanto sexual como social, de Alex. La persistencia de Alex, quien se da cuenta de que algo no se está diciendo, ilumina lo que en un principio le inquieta a Álvaro sobre ella: “¿Decís que no te

puedes acostar conmigo porque sois más grande y repetís lo que digo?” le pregunta a Álvaro. Él responde, “Vos no sois normal. Vos sois distinta y lo sabes. ¿Por qué la gente te mira así? ¿Por qué todos te miran así? ¿Qué tienes?” Estas oraciones francas y acusatorias se oyen como los mismos ataques relámpagos, sofocantes, que los padres de Alex han intentado huir toda la vida de su hija.

Lo que tiene lugar después de la discusión entre Alex y Álvaro en la playa constituye el evento traumático, uno que fundamentalmente cambia tanto el discurso sexual y social de Álvaro como el de Alex. Enfadada con lo que acaba de decir Álvaro, Alex huye hacia una casa abandonada. Álvaro la sigue. Dentro de la casa, Alex, determinada por explorar identidad sexual, se lanza encima de Álvaro. En una inversión de roles, Alex no le deja hablar a Álvaro, tropo que él uso lingüísticamente pocos momentos antes cuando controlaba la conversación a preguntas. Alex goza del rol dominante, tomando control tanto de la situación erótica como de la exploración identidad sexual. Ella vuelca a Álvaro y le penetra en el ano con su pene. Esta penetración, el coito retomado para el acto sexual intersexual, siembra las semillas del evento traumático que se consumirá cuando son interrumpidos por la mirada de Kraken.

El momento traumático se consuma cuando ambos notan que Kraken les ha observado a través de la apertura de la puerta entreabierta. El intercambio visual produce el choque psicológico necesario para que ambos sujetos, de acuerdo con la teoría cultural sobre el trauma, sufran delatadamente los efectos del trauma. Aquí se ve que la sexualidad queer necesariamente conlleva efectos traumáticos por el hecho de que la sociedad creará en los sujetos estos efectos delatados aún después de que haya declarado su identidad abiertamente por el hecho de que mantiene supuestas doctrinas religiosas en

contra de esta identidad. Apropiando la teoría del trauma de Caruth, se puede ver cómo la sexualidad queer elude la cognición, pero está inscrita en el cuerpo. Aunque se concibe como una identificación fluida, la sexualidad queer parte del cuerpo y, en particular, de su uso y relación con otros cuerpos. Álvaro tiene que disimular su recién encontrada sexualidad de su padre, por ejemplo, porque parece estar preocupado por la posibilidad de que Álvaro se identifique como homosexual, apoyando su impresión en los comportamientos corporales de él. Alex, por otro lado, se encuentra un poco más tarde con los jóvenes que la violan para alcanzar a ver sus genitales “anormales.”

El momento traumático que ocurre entre Alex y Álvaro, por lo tanto, no se trata del placer físico del coito, ni del “descubrimiento” de sus propias identidades sexuales, sino de la interpelación cultural de ambas, simbólicamente producida por el saber de que Kraken los haya visto. Entendiendo el sujeto queer como un sujeto en el cual ya se ha inscrito la posibilidad traumática por parte de una sociedad incómoda hacia estas identidades sexuales abre la posibilidad para mejor posicionarlos en la tela cultural no en sus márgenes, sino en su epicentro expresivo. El desarrollo de identidades queer no se parece a su homóloga heteronormativa. De ahí, la teoría del trauma ayuda este posicionamiento a través de valorar la expresión propia del sujeto y entenderla como una aproximación a lo eludible. Simultáneamente, teorías del trauma mantienen esta agencia en el sujeto mientras que implícitamente critican nociones normativas que lo dificultan. La imprevisibilidad de la identidad queer puede funcionar junto con el trauma para subvertir presuposiciones identitarias y sexuales que no apoyan la propia creación subjetiva. “Pensando el trauma de la misma perspectiva anti-patológica que ha animado interpretaciones queer de la sexualidad,” nos dice Cvetkovich, “abre la posibilidad de

entender las emociones traumáticas no como un problema médico que busca su cura, sino como experiencias sentidas que pueden ser movilizadas en varias direcciones” (47), una de las cuales puede ser en contra de problemas subjetivos que también, junto con el trauma y lo queer, hayan sido estudiados patológicamente en vez de subjetivamente.⁷

⁷ Tomo tiempo, finalmente, para agradecer a Janis Breckenridge, cuyas conversaciones fructíferas sobre *XXY* forman el germen del presente ensayo; a Debra Castillo, que dotó una serie de comentarios sobre una versión previa del ensayo; y a los lectores anónimos, cuyos comentarios me ayudaron preparar la presente versión del ensayo.

Obras citadas

- Bersani, Leo. "Is the Rectum a Grave?" *October* 43 (1987): 197-222.
- Butler, Judith. *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. New York and London: Routledge, 1990.
- . *Bodies That Matter: On the Discursive Limits of "Sex"*. New York and London: Routledge, 1993.
- Caruth, Cathy. *Trauma: Explorations in Memory*. Baltimore: The Johns Hopkins UP, 1995.
- . *Unclaimed Experience: Trauma, Narrative, and History*. Baltimore: The Johns Hopkins UP, 1996.
- Castillo, Debra. "Haunted: Lucía Puenzo's *XXY*." Conferencia de la AILCFH, 2010.
- Clark, Zoila. "Identidad de género en disputa: *El niño pez* y *XXY* de Lucía Puenzo." Congreso del Latin American Studies Association, 2010.
- Cvetkovich, Ann. *An Archive of Feelings: Trauma, Sexuality, and Lesbian Public Cultures*. Durham: Duke UP, 2003.
- Edelman, Lucila. "Apuntes sobre la memoria individual y la memoria colectiva." *Paisajes del dolor, senderos de esperanza. Salud mental y derechos humanos en el Cono Sur*. Eds. Daniel Kersner, Marco Aurelio Jorge, Carlos Madariaga y Aldo Martin. Buenos Aires: EATIP, 2002.
- Freud, Sigmund. *Las primeras aportaciones a la teoría de la neurosis 1892-1899*. Obras Completas, tomo I. Madrid: Biblioteca Nueva, 1967.
- . *Más allá del principio del placer*. Madrid: Alianza Editorial, 1984.
- Frohlich, Margaret. "What of Unnatural Bodies?: Liminality and Choice in Lucía Puenzo's *XXY* and *El niño pez*." Congreso de la AILCFH, 2010.
- Foster, David William. *Queer Issues in Contemporary Latin American Cinema*. Austin: Texas UP, 2003.
- Halperin, David M. *One Hundred Years of Homosexuality and other essays on Greek Love*. London: Routledge, 1990.
- Koyama, Emi. "From 'Intersex' to 'DSD': Toward a Queer Disability Politics of Gender." Ponencia principal del congreso "Translating Identity." Universidad de Vermont, 2006.

- Lennard, Patricio. "Carne de diván." *Página 12* 4 septiembre 2009.
- Leys, Ruth. *Trauma: A Genealogy*. Chicago: Chicago UP, 2000.
- Plotkin, Mariano Ben. *Freud en las Pampas: Orígenes y desarrollo de una cultura psicoanalítica en la Argentina (1910-1983)*. Trad. Marcela Borinsky. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2003.
- Puenzo, Lucía. *El niño pez*. Historias Cinematográficas Cinemanía, 2009.
- . *XXY*. Historias Cinematográficas Cinemanía, 2007. DVD.
- . *El niño pez*. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo Editora, 2004.
- Roberts-Camps, Tracy. "Hijos de Saturno: Marginación e identidad en el cine y ficción de Lucía Puenzo." *Espéculo. Revista de estudios literarios* 43 (2010).
- Roudinesco, Elisabeth. "Psychoanalysis and Homosexuality: Reflections on the Perverse Desire, Insult and the Paternal Function." *Journal of European Psychoanalysis* 15 (2002).
- Sedgwick, Eve Kosofsky. *Epistemology of the Closet*. Berkeley: California UP, 1990.
- Sommer, Doris, Ed. *Cultural Agency in the Americas*. Durham: Duke UP, 2006.
- Spitzer, Robert L. "The Diagnostic Status of Homosexuality in *DSM-III*: A Reformulation of the Issues." *American Journal of Psychiatry* 138.2 (1981): 210-215.
- Whitehead, Anne. *Trauma Fiction*. Edinburgh: Edinburgh UP, 2004.